

1963

ANSELMO CARRETERO Y JIMÉNEZ

**ESPAÑA, EUROPA
Y LOS CAMINOS
HACIA
EL SOCIALISMO**



★

DANIEL BOLDÓ, IMPRESOR - CALZADA DE TLALPAN, 1104-A, MÉXICO, D. F.

EDICIONES DE "LAS ESPAÑAS"

ANSELMO CARRETERO Y JIMÉNEZ

**ESPAÑA, EUROPA
Y LOS CAMINOS
HACIA
EL SOCIALISMO**

★

EDICIONES DE "LAS ESPAÑAS"

MÉXICO, D. F., 1963

*Artículo publicado originalmente
en el Núm. 4-5 del "Diálogo de
LAS ESPAÑAS" (Ciudad de Mé-
jico, octubre de 1963).*

*Este "Suplemento" ha sido editado
por cuenta de un grupo de amigos
de "LAS ESPAÑAS"*

UNA de las cuestiones que más preocupan hoy a los españoles con inquietud política es la unión europea y la posibilidad y conveniencia del ingreso de España en ella. Por otra parte es hecho conocido que las concepciones económicas socialistas han ganado muchos adeptos entre las nuevas generaciones. Planeación económica; nacionalización del crédito, de los recursos no renovables y de los servicios públicos; creación de empresas estatales o de economía mixta para la expansión de importantes ramas de la industria; reformas agraria y fiscal; mayor productividad; más justa distribución de la riqueza, y otros semejantes son temas que interesan hoy a muchos jóvenes españoles, incluidos importantes sectores de la juventud católica. Ambas preocupaciones, la europeísta y la socializadora de la economía, se entrelazan y con frecuencia su examen debe abordarse en conjunto. Así, la revista "Tribuna Socialista", que edita en París un grupo de jóvenes compatriotas de las generaciones posteriores a la guerra civil, dedica la mayor parte de su último número (febrero-mayo de 1963) al estudio de la cuestión europea desde un punto de mira socialista.

Su lectura me ha inducido a escribir este artículo que suscribo con carácter estrictamente personal, entre otras ra-

zones porque el denominador político común de quienes hacemos LAS ESPAÑAS no es específicamente socialista sino genéricamente liberal y democrático.

*

Comenzaré por tratar de exponer en pocas líneas mi concepción del socialismo. Militante desde la mocedad en las organizaciones políticas y sindicales del socialismo español, declaro llanamente de antemano que a estas alturas ya estoy harto en demasía (o "hasta el copete", como se dice en Méjico) de dogmas, sagradas escrituras y excomuniones de marxistas y marxólogos de diversas sectas o partidos; por no hablar de los marxistas-leninistas... los marxistas-leninistas-estalinistas... y los marxistas-leninistas-estalinistas-maoístas; y que me tiene completamente sin cuidado coincidir o no con el pensamiento de Marx o los de sus principales epígonos.

Eso de la "ciencia del marxismo", como lo de la "ciencia política", nombre ahora en boga, me parece una manera, como otra cualquiera, de bautizar estudios o ramas del saber que carecen en absoluto del rigor científico de la filosofía natural, o ciencias físicomatemáticas, dentro de cuyo campo ya está plenamente la química y va entrando a grandes paños la biología.

Los problemas actuales del socialismo hay que abordarlos sin prejuicios doctrinarios, con claridad intelectual y honradez de propósitos y, sobre todo, con conocimiento de la realidad y sentido práctico para obrar dentro de ella; con el mismo conocimiento de la realidad e igual sentido práctico

con que el ingeniero debe hacer un estudio técnico de transcendencia social... y con el conocimiento de esa realidad humana que es el pueblo, saber fundamental en la sabiduría del político.

Seré, pues, marxista en cuanto mi pensamiento coincida con las ideas y enseñanzas — que son muchas, y algunas de ellas muy valiosas — de aquellos grandes pensadores y revolucionarios cuyo "Manifiesto comunista" tuve en mi juventud por libro de cabecera; y no lo seré, o dejaré de serlo, en cuanto no esté de acuerdo con ellas por parecerme erróneas, inadecuadas para nuestro día o en contradicción flagrante con el curso de la historia. Porque el gran pensador y revolucionario de las barbas bíblicas, si levantó grandes fervores como predicador de una nueva fe, en la anunciación del futuro resultó mal profeta, al grado de que sus inmediatas y principales predicciones se derrumbaron con estrépito y en cambio alzaron su figura por bandera revoluciones triunfantes dónde y cómo él nunca había imaginado.

El socialismo no es ninguna ciencia abstrusa ni saber que requiera largos años de estudio tras especial preparación, y por lo tanto asidua dedicación profesional, sino una concepción de la sociedad al alcance del ciudadano común. Cualquier persona de mediana inteligencia y cultura, y desde luego todo universitario o intelectual (historiador o filósofo, matemático o escritor, médico o ingeniero...) puede ser socialista, con pleno conocimiento de lo que es el socialismo, sin haber dedicado años enteros al estudio de las doctrinas socialistas. De lo contrario el socialismo sería sabiduría exclusiva de una aristocrática minoría especializada en su estudio cuyas exposiciones y dictámenes tendríamos que aceptar la inmensa mayoría de los ciudadanos con la misma fe en tales sabios con que un arquitecto admite el diagnóstico de un cardiólogo o éste da por buenos los cálculos del hos-

pital construido por aquél. Huelga decir que el conocimiento de tal socialismo quedaría vedado a la clase obrera que precisamente es la llamada por la historia a defender con mayor denuedo las ideas socialistas.

Quienes sin ser teóricos del socialismo ni haber estudiado las obras completas de Marx, Engels, Plejanov, Kautsky (el "calumniado" Kautsky), Lenin, Bujarin, Rosa Luxemburgo, Trotsky (fácil de leer por su talento literario y su cultura), Stalin (tedioso como él solo), Laski, Strachey y otros, hemos dedicado no pocos ratos a la lectura de algunas de ellas, sin olvidar las de los viejos maestros del socialismo español (Vera, Iglesias, Meabe) ni desdeñar las de pensadores anarquistas de gran valía, hemos podido formarnos una idea sencilla y clara del socialismo al alcance del común de los mortales.

Para mí el socialismo es una manera de concebir la propiedad y la economía social con determinadas miras morales, políticas y técnicas:

El fin moral del socialismo es, sobre todo, de justicia: abolir la explotación del hombre por el hombre y evitar que los parásitos se beneficien del esfuerzo ajeno.

Su fin político, crear una sociedad verdaderamente democrática en la que se respete, ante todo, la dignidad de la persona humana y, en lo posible, la libertad individual; se reconozcan a todos los ciudadanos iguales derechos y se les ofrezcan las mismas oportunidades para su instrucción y el desarrollo de sus aptitudes.

El propósito técnico del socialismo es organizar las actividades económicas para aprovechar sabiamente y en beneficio de todos los recursos de la naturaleza y el trabajo de los hombres.

Por último, no admito ningún camino para llegar al socialismo que contradiga sus nobles fines. Los procedimientos sucios o brutales, los ardides viles son impropios de socialistas.

En esto debemos seguir el dignísimo ejemplo de los fundadores del socialismo español. Por despreciar estas normas éticas sentó Lenin, sin proponérselo, las bases del despotismo estaliniano (1), de cuyos efectos corruptores parece haberse librado una parte muy viva de la actual juventud soviética (2).

*

Un punto al que como socialista español concedo suma importancia es el de las relaciones entre liberalismo y socialismo. Sobre él he escrito recientemente, en otro lugar, y espero poder insistir en el futuro más veces.

El verdadero liberalismo tiene sus raíces históricas y semánticas en España. Somos los españoles quienes hemos inventado el vocablo *liberal* y por lo tanto a nosotros nos corresponde definir su primera y mejor acepción por sobre otras connotaciones de escuelas extranjeras. El adjetivo liberal (del latín *liberalis*, lo propio del hombre libre) se empleó en la Europa occidental desde la Edad media con varias acepciones. En los siglos XVI y XVII el adjetivo liberal era en España sinónimo de justo, clemente, dadivoso, abierto, y en este sentido lo emplea, con sus contemporáneos, Cervantes. Significa por lo tanto generosidad y atención con

el prójimo, respeto, en suma, por la dignidad de la persona humana. Es, pues, de limpia estirpe española y tiene significación ética completamente ajena al oficio de mercader. Como sustantivo político nació en Andalucía, en las Cortes de Cádiz del año 1810. El público que asistía a las sesiones de aquellas memorables asambleas comenzó a llamar liberales a los partidarios de las reformas y del progreso, los defensores de la libertad y la igualdad políticas y de los derechos del hombre proclamados por la Revolución francesa, que nuestros constitucionalistas enlazaban moral y políticamente con las viejas libertades de Castilla y Aragón. De allí se expandió por todo el mundo.

Los comerciantes ingleses primero y el capitalismo internacional después han tratado de identificar a la libertad política con las llamadas "libertad de comercio" y "libertad de empresa" (de presa se debería decir mejor en algunas ocasiones) que ninguna relación tienen con nuestro liberalismo político de raíces morales, pues son nombres con que frecuentemente se trata de disfrazar lo que es pura codicia o afán inmoderado de riquezas. (En esto de poner bonitos nombre a las peores cosas caben todas las fantasías. Franco llama a su dictadura "democracia orgánica"; y el gobierno de Alemania oriental "democracia popular" al régimen que encierra a su pueblo tras muros y alambradas para que ni siquiera le quede el democrático y popular recurso de huir a la parte occidental de su patria (3)).

Para nuestros primeros liberales la propiedad privada y el derecho de ejercer sin trabas el comercio y la industria eran garantías de libertad del ciudadano frente a la servidumbre feudal y el absolutismo regio. Con el mismo criterio de pura esencia liberal propugnamos hoy los socialistas la propiedad social de la gran industria como garantía de libertad del obrero frente a la servidumbre proletaria.

Pero ya en las Cortes de Cádiz, al tratarse de la desamortización de los bienes concejiles varios diputados se opusieron a ella. Tal don Francisco Gutiérrez de la Huerta, diputado por Burgos, que fundaba su oposición a la venta de las tierras de los pueblos porque se hallaban íntimamente ligadas a la existencia política de éstos y vinculadas a las necesidades del común, y su enajenación trastornaría el gobierno económico de las localidades causando un mal permanente a cambio de una utilidad momentánea. Y don Francisco González y Fernández, diputado por el reino de Sevilla, defendió la institución de la propiedad colectiva como racional y necesaria. "Con el repartimiento de tales tierras y montes — decía —, el hombre del pueblo venderá su suerte aun antes de que le haya sido adjudicada, y vendrán a ser los únicos los poderosos, quedándose los infelices sin tierra donde criar animal alguno, donde sembrar y donde proveerse de leña, según he visto por experiencia en pueblos de la provincia de Segovia, en los cuales, con pretexto de socorrer a los pobres, lograron el repartimiento los poderosos, para venir en breve a hacerse dueños de todo" (4).

Uno de los padres de nuestro liberalismo, acaso el de más destacada y auténtica personalidad española, el asturiano don Alvaro Flórez Estrada, hombre de espíritu amplio, no dogmático, despierto y atento a la realidad de las cosas y previsor del futuro, se opuso en 1836 a la venta de los bienes nacionales procedentes de la desamortización por considerar que con ella "sólo ganaban quienes especulaban con la miseria y la ignorancia del pueblo". Proponía, en cambio, su arriendo enfitéutico a los colonos con pago de una contribución al Estado para crear con ellos "una clase de individuos tan industriosos y ricos como si fueran propietarios", en lugar de formar "un patrimonio escandaloso para una clase ociosa". La administración de estos contratos de

arriendo al Estado correría a cargo de los órganos de la administración provincial con lo cual ésta sería un elemento activo en la vida administrativa de la nación. Y argumentaba así su oposición a la venta de los bienes nacionales: "Sin crear intereses materiales en favor de las grandes masas de cultivadores cuya suerte en el día es tan desgraciada, en vano esperaremos que triunfe la causa de la libertad". He aquí un gran liberal español que, antes de que se conociera el nombre de Marx, defendía en nuestra patria la propiedad social de la tierra para que con ella triunfara "la causa de la libertad"; y tanta importancia atribuía a esta cuestión que a su juicio "de ella dependía la prosperidad de España" (5). Flórez Estrada, que reputa inmoral y opresivo el sistema social que priva al trabajador de la mayor parte del fruto de su trabajo para que de él se apropien quienes no contribuyen a la producción con ninguna labor, fue el primer economista moderno que propugnó la propiedad común de la tierra. A estos ilustres compatriotas los socialistas españoles debemos llamarles con respecto nuestros buenos abuelos liberales.

El proyecto sometido por Flórez Estrada a las Cortes de 1836 que extendía los beneficios de la desamortización a toda la clase pobre labradora, haciéndola conducteña del Estado, apenas pudo reunir un puñado de votos. Prevalció la opinión de los partidarios de la venta libre de los bienes nacionales, que despojó a los pueblos de sus tierras en provecho de una nueva clase de terratenientes reaccionarios que sin contribuir al fomento de la agricultura esquilmaron la riqueza forestal. Como después ocurriría otras veces, dominó la pereza mental y por no estudiar la realidad nacional para llevar a cabo las transformaciones que ésta requería se remedió al vecino. Entusiasmados con las doctrinas de la Revolución francesa y deslumbrados por la grandiosidad de ella,

aquellos liberales creyeron dogmáticamente que las revoluciones y cambios sociales que la historia exigía tenían que realizarse en todas partes copiando el patrón francés, sin tener en cuenta las condiciones particulares y los antecedentes históricos de cada pueblo. Al sacar a venta los llamados bienes de manos muertas, buscando lo que en Francia había sido un indiscutible progreso que acabó con la propiedad feudal de los nobles y la Iglesia para crear una clase de burgueses labradores, aquellos progresistas — cuando no especuladores — fueron causa de un retroceso político, económico y social en muchos aspectos de la vida nacional, concretamente en los países de tradición comunera y foral. Gran lección que, con el ejemplo de nuestra propia historia, nos enseña que si bien las ideas deben tener curso universal sin trabas de fronteras, en las realizaciones políticas, económicas y sociales son de tener muy en cuenta las circunstancias propias de cada pueblo y de su desarrollo histórico; sobre la que sería muy conveniente que meditaran quienes hoy, con igual cerrado y menos disculpable dogmatismo, pretenden imponer en nuestra patria nuevos patrones extranjeros.

Otras figuras del liberalismo español han preconizado después la propiedad social como más conveniente que la privada en muchos casos para sustentar la democracia. Entre ellas destacan el catalán Pi y Margall, uno de los políticos más medularmente españoles del siglo XIX y un clásico de la lengua castellana, que ponía los derechos del trabajo por delante de los de la propiedad y cuyo respeto fundamental por la libertad le empujaba hacia un comunismo mutualista y federal afín al proudhoniano como meta ideal; y Costa, el gran aragonés entusiasta del colectivismo agrario, uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza.

No es posible tratar del liberalismo español y pasar por alto la extraordinaria personalidad del andaluz Giner de los

Ríos, moralista y pedagogo de acción, alma creadora de la "Institución" citada, para quien la riqueza tenía una función social en beneficio no sólo del propietario sino de todos. Entre los más destacados y consecuentes socialistas españoles cuentan algunos discípulos de Giner que fundieron la moral liberal de su maestro con las concepciones económicas del socialismo.

Es preciso acabar terminantemente con la falsa incompatibilidad entre liberalismo y socialismo. No hay ninguna contradicción entre ambos (por lo menos no debe haberla para un español) aunque algunos hablen doctoralmente de ella. Libertad, democracia y socialismo no solamente no son cosas incompatibles entre sí sino que las tres se complementan y cada una es consecuencia natural de la anterior.

Para mí la concepción política democrática del socialismo va a la par de la económica e indisolublemente unida a ella; hasta el punto de no admitir la aplicación del adjetivo socialista a ningún estado o sociedad — cualesquiera que sean sus estructuras económicas — en que los individuos no gocen plenamente de todos los derechos y libertades ciudadanas. Donde no hay libertad, donde no impera la democracia, no puede haber socialismo (6). Es más, estas libertades y estos derechos han de ser en cualquier régimen socialista mayores y más completos que en el más liberal de los estados burgueses, porque el socialismo, con su justicia económica, debe enriquecer y hacer más efectivas las virtudes de la democracia política. Un régimen socialista al que se haya privado de sus esencias humanistas podrá dar una estructura económica no burguesa (capitalismo de Estado, comunismo autoritario, etc.) pero nunca será verdadero socialismo.

Este era el espíritu de los fundadores del socialismo español, tanto obreros como intelectuales (el tipógrafo gallego



Pablo Iglesias

Pablo Iglesias — que en 1921 rechazó el carácter antidemocrático del bolchevismo —, el médico leonés Jaime Vera, el vasco Meabe, fundador de las Juventudes Socialistas...). Y el de sus inmediatos sucesores como el madrileño Besteiro, en quien se unen las enseñanzas de don Francisco Giner con el marxismo democrático austroalemán, y el andaluz de los Ríos, otro "institucionista", autor de "El sentido humanista del socialismo".

En ocasión memorable para la historia del socialismo español, dijo Lenin a don Fernando de los Ríos, que salió de la entrevista espantado: "Libertad, ¿para qué?". Pocos lustros después, si ambos hubieran resucitado, nuestro compatriota, señalando la inmensa cauda de crímenes e infamias dejada por Stalin a su muerte, podría haber respondido: "para evitar eso". Y tal vez el gran Vladimiro Ilich (otro profeta fallido (7)) no hubiera sido ahora el menos horro-rizado.

El socialismo español es el fruto natural, en el ambiente político y económico del siglo XX, del pensamiento y las aspiraciones de *nuestro* liberalismo del XIX; el cual, al mismo tiempo que adoptaba con entusiasmo los avances de la Revolución francesa, se declaraba heredero de las viejas libertades españolas. No forzamos la interpretación de la historia si afirmamos que los socialistas españoles debemos constituir el eslabón actual de esa magnífica cadena de tradiciones democráticas forjada con dificultades y dolores sin cuento por el pueblo español, entre las que destacan creaciones tan auténticas y valiosas como el concejo abierto y el municipio; las comunidades de Castilla y Aragón; el árbol de Guernica y las repúblicas vascongadas; la incorporación voluntaria de éstas, con sus fueros por delante, a la corona de Castilla (uno de los acontecimientos de más alta significación de la historia de España); las Cortes; la confederación catalano-aragonesa (tal vez la más enseñadora de todas nuestras viejas instituciones políticas) que, adelantándose a los modernos estados de estructura federal, señaló camino autóctono para la constitución de la España (o Iberia) de todos sus pueblos; rumbo desgraciadamente torcido después por azares de la historia...

Liberalismo y socialismo son, pues, para nosotros, socialistas españoles, etapas sucesivas de un mismo camino, de

ese largo, difícil y doloroso camino hacia una humanidad mejor que nunca acabaremos de recorrer. Juntos con los liberales hemos andado la primera; solos, si no nos siguen, estamos dispuestos a continuar la marcha, sin retroceder ni cambiar el rumbo.

*

Si el liberalismo en algunos lugares se ha desviado de sus originales rumbos españoles para convertirse en una doctrina político-económica que defiende los derechos de la propiedad y la empresa privadas a extremos con frecuencia reaccionarios, el socialismo europeo es claramente humanista, e inconcebible de otro modo como más alto concepto de la sociedad humana formado a partir de la razón griega y el espíritu fraternal cristiano, los dos grandes cimientos intelectuales y morales de nuestra civilización. La fe en el hombre, en su razón y en su dignidad, que han sido los rasgos fundamentales de la actitud del europeo ante la vida, son también los fundamentos del pensamiento socialista. Y de hecho el socialismo europeo, desde los precursores premarxistas hasta nuestros días, ha sido medularmente humanista. Humanismo (estudiado por de los Ríos en su libro antes citado) que ya hemos encontrado en los fundadores del socialismo español, y que está vivo en toda la gran corriente del pensamiento socialista en Europa. Bástenos citar el nombre de Jean Jaurès, tomado entre los de otros muchos pensadores y hombres de acción igualmente significativos.

En cuanto a Marx, siempre he querido ver en el trasfondo de su pensamiento el latido de un humanista. Que tal

ocurre realmente es lo que Eric Fromm (socialista americano de buena ley) opina en su reciente obra "Marx y su concepto del hombre" (8). El socialismo de Marx se propone librar al hombre de todas las cadenas económicas y sociales, no la implantación de un comunismo gregario. Es muy significativo el hecho de que las concepciones dictatoriales, y aun despóticas, del socialismo surjan en la Rusia autocrática de los zares y se apoderen de un pueblo apenas salido de medioeval servidumbre; que después triunfen en China y, contra doctrinas y predicciones, se extiendan preferentemente por los países menos cultos y desarrollados; y que precisamente sean los europeos los partidos comunistas de tendencias más liberales.

En esto, el socialismo español, con sus características peculiares (entre ellas su gran pulcritud moral, sólo empañada a última hora por algunos advenedizos), ha sido siempre europeo. Y el humanismo europeo, obra en parte de preclaros espíritus e ingenios de España, es el camino hacia el socialismo que los españoles hemos de transitar, *con nuestro propio paso y nacional talante*.

*

Uno de los gritos clásicos en la lucha tradicional de los obreros contra el capitalismo burgués (el sistema económico de los países llamados "socialistas" es, fundamentalmente, capitalismo de Estado) ha sido el de "¡abajo las fronteras!", que más de una vez, en nuestros años mozos rayanos con la infancia, oímos en mítines y manifestaciones socialistas y anarcosindicalistas, especialmente en las del primero de mayo; grito revolucionario, versión popular de aquel "¡proto-

letarios de todos los países, uníos!" que en la segunda mitad del siglo XIX retumbó en toda Europa al paso del "fantasma del comunismo".

No dudaban quienes entonces querían una auténtica paz universal, ni dudamos quienes persistimos hoy en el empeño, que la abolición de las fronteras estatales era un paso gigantesco hacia la hermandad de todos los hombres que en el mundo viven de su trabajo. Por eso tal grito era unánimemente coreado por socialistas y anarquistas, y aun por muchos liberales; como también lo fue en tiempos de Lenin por los hombres de la III Internacional que aclamaron su famoso llamamiento por una "paz sin anexiones ni indemnizaciones" basada en la "autodeterminación de los pueblos democráticamente expresada" (9).

La supresión de las barreras fronterizas por libre voluntad de los ciudadanos siempre ha sido considerada por los socialistas como una condición fundamental para la paz definitiva entre los pueblos.

Hoy, entre las muchas aberraciones que la actual crisis del mundo nos ha hecho presenciar, contemplamos, sin asombro porque ya estamos curados de toda clase de espantos, el fomento de menguados sentimientos nacionalistas en nombre de la paz y del socialismo. Para combatir viejos imperialismos en agonía, cuando no yacentes bajo epitafios históricos (aunque más parece que por defender otros de nuevo cuño), se azuza a unos pueblos contra otros, se atizan odios raciales y fanatismos religiosos (iberoamericanos contra yanquis, negros contra blancos, islamitas contra judíos...) y se atacan y sabotean esfuerzos encaminados a superar viejos rencores y unir libremente a los pueblos dentro de más amplias fronteras (como la unión europea ya en marcha, la Alianza para el Progreso (10) y la proyectada unión iberoamericana).

A este género pertenecen algunas de las opiniones que ahora se manifiestan contra el ingreso de España en una Europa unida, expuestas por plumas en apariencia obedientes, más que a seria y espontánea reflexión, a mal entendida disciplina revolucionaria. Escritores que nos recuerdan a aquellos que, años atrás y por igual motivo, cantaron encendidas loas al entonces semidiós del Cremlín; a quienes crearon las acusaciones de los famosos procesos de Moscova, sobre cuya tenebrosa realidad ha arrojado luz Jruschiov, audaz revelador de tremendas verdades; y a los que injuriaron con furor a LAS ESPAÑAS porque algunos de sus editores mostramos simpatía por Tito cuando, a la cabeza del comunismo yugoslavo, se enfrentó a Stalin para impedir el avasallamiento político y la explotación económica de su pueblo por el gobierno de la U.R.S.S., proeza que hoy comienza a verse en su alcance histórico. Estos intelectuales que, creyendo cumplir superior deber revolucionario — pasamos por alto otras plumas sometidas a más mezquinos intereses —, escriben con obediencia a un partido harían bien en no olvidar que ante el lector de buena fe, a quien el escritor se debe sobre todas las cosas, su primera obligación es decir lo que en verdad piensan y sienten. Y si esta obligación no siempre es exigible, porque no todos ni en todo momento tenemos madera de héroes, antes que la mentira está el silencio, el digno silencio de Pasternak, que se abstuvo de escribir o se dedicó a traducir honradamente a los clásicos por no cantar alabanzas al tirano. Y en cuanto a lo de servir a la revolución — revolución que merezca ser servida —, hace ya mucho tiempo que concluimos esto: *nada hay más revolucionario en la labor de un intelectual que proclamar la verdad en un ambiente de errores y mentiras.*

Claro está que, como repetidamente ha ocurrido en ocasiones pasadas, tales escritores cesarían sus ataques a la

unión europea, y aun trocarían con piruetas “dialécticas” su oposición en aplauso, si así lo dispusiera su partido por convenir a los intereses de la política internacional a que éste en último término obedece. Ello dependerá principalmente en nuestro caso del resultado de las discusiones que, mientras escribo estas líneas, sostienen en Moscova los rusos con los comunistas chinos, por un lado, y con los enviados de Londres y Washington, por otro.

Las contiendas entre estados que reiteradamente han asolado a Europa y sobre todo la última guerra — decían los socialistas en la tercera década del siglo en curso — fueron provocadas por los antagonismos entre las oligarquías capitalistas de las grandes potencias. La desaparición de las fronteras estatales con la unión de las naciones suprimirá las guerras internacionales; acabará además con los nacionalismos reaccionarios que siembran la confusión entre las clases trabajadoras y hará ver a éstas dónde están sus verdaderos enemigos. El día en que las naciones de Europa se federen no se podrá presentar al obrero francés como enemigo del alemán, ni a éste de aquél, sino que uno y otro se enfrentarán juntos al explotador común. La fuerza de los proletarios unidos sin fronteras será sin duda mucho mayor, y mayores serán sus posibilidades de triunfo. Así razonaban entonces, en buena doctrina, quienes entre las dos guerras se esforzaban por servir a la causa universal de la paz y del socialismo.

Ahora, el panorama mundial es muy diferente al de entonces. Los viejos imperios se han derrumbado, y las que ayer eran colonias son hoy nuevas naciones independientes (mientras que otras que fueron libres — Polonia, las naciones bálticas, Checoeslovaquia, Hungría, etc. — se hallan convertidas en satélites de la U.R.S.S. o incorporadas a ella). China, el pobre gigantón esclavizado, se yergue con arro-

gancia, desafía a los antiguos dominadores y ataca a su vecino transformado en agresivo coloso. Las naciones de Europa se dan cuenta de que sus guerras en el viejo solar eran luchas fratricidas (y aun suicidas) y, rehechas de la última, las más libres y vigorosas inician con ventura un renacimiento de la gran familia. Las mejoras que los trabajadores de Europa pedían hace un par de generaciones están ya rebasadas, la democracia política impera en los países más avanzados de occidente y la justicia económica progresa en ellos manifiestamente. El mundo en su conjunto ha experimentado en medio siglo transformaciones políticas, sociales, económicas y técnicas que han superado las más audaces previsiones. Los últimos adelantos científicos proporcionan al hombre portentosas máquinas que tanto pueden servir para elevarlo a alturas antes inconcebibles como para la total aniquilación de la especie.

*

En estas condiciones ¿qué deben hacer hoy los españoles, y especialmente los socialistas?

Ante todo abrir bien los ojos, examinar con suma atención la realidad presente, recapacitar sin prejuicios sobre todo lo acaecido, ponerse al día y prepararse para obrar en el inmediato futuro con más acierto que en el próximo pasado.

El importantísimo papel que en esta trascendental tarea corresponde a las nuevas generaciones me viene preocupando desde hace mucho tiempo (por lo menos con anterioridad al día en que, años atrás, un conocido ex ministro

socialista acogió con escéptica sonrisa a los compañeros de inquietudes que le presentaron el tema como, ya entonces, de la mayor importancia); porque los viejos grupos se están extinguiendo, en parte principal por ineluctable razón biológica y también porque lo que queda se muestra incapaz de evolución.

Quien lee sus escritos o establece diálogo personal con los jóvenes españoles de pensamiento socialista queda convencido de que comprenden claramente la necesidad de renovar a fondo el socialismo español para ponerlo a la altura de su misión. Pero los generosos esfuerzos que muchos de ellos hacen por sacarlo del atolladero en que languidece pueden resultar vanos por tomar las más veces equivocados rumbos políticos que en el pasado ya condujeron al fracaso y llevarían de nuevo a él. Corren estos jóvenes grave peligro de caer en las viejas órbitas, de cerrarse en los viejos dogmatismos, aparentemente renovados. Quieren contemplar otros panoramas, desde los mismos otros; visitar otros lugares, transitando los mismos caminos; buscan nuevos metales en filones agotados. Alguno, deseando reforzar su fe... se acerca a maestro desanimado.

Un grupo de los más estudiosos trata de avanzar en la historia notoriamente armado de doctrinas ya superadas, sin reparar en que una herramienta inservible es lastre para quien con ella carga. ¿Es que la Europa de 1963 es la del "Manifiesto comunista" de 1848?, ¿o la de "El Estado y la Revolución" de 1917? ¿Por qué, pues, empeñarse en examinarla con criterios nacidos en tan pasadas circunstancias y adecuados a ellas, cuando no en aplicar sin más las fórmulas de entonces?

Porque *no sirve modernizarse a medias reparando viejos y anticuados instrumentos*. El momento exige una actitud más profundamente renovadora, en verdad revolucionaria:

es preciso utilizar los nuevos; y aun crearlos, si no existen los necesarios.

La razón y el sentido práctico nos mandan *aprovechar todo lo útil; y fundir los hierros viejos*, que en su día fueron valiosas máquinas, *para convertirlos en nuevo y mejor acero*. Mandato inexorable que la realidad nos dicta a todos los españoles, que los jóvenes sin prejuicios deben comprender tan bien como los maduros cargados de experiencia, y unos y otros cumplir con las facultades y los bríos propios de la edad.

Aquí, en esta obra creadora, que debe comenzar por retirar muchos ídolos de sus viejos altares para depositarlos en los museos de la historia, es donde más se necesita el empuje y el entusiasmo de la juventud.

*

Hecho que observo con alarma en algunos nuevos socialistas, más escasos de vigor moral que sobrados de ideas, es un dejar de lado, como cosas sin importancia, los principios y los fines del socialismo mientras se enfrascan en discusiones más o menos bizantinas en torno a la mejor interpretación de textos y teorías sobre la evolución de las sociedades humanas y el advenimiento del socialismo; como si se tratara de sagradas escrituras y fuera ofensa al nombre de Dios contradecir a sus autores. Lo único sagrado, si queremos aplicar esta palabra al vivir de los hombres, es el respeto a esos principios morales que no son de ayer, de hoy o de mañana, ni pasan de moda porque tienen valor perenne, mayor y más alto a medida que el ser humano se eleva y más se diferencia de las bestias.

Principios y fines. A ellos es deber atenerse. Aquí es donde hay que hacerse fuertes. Lo otro, los procedimientos, el proceso... cuestión de ingeniería política, en otro lugar se dice, que, como toda ingeniería, no se concibe rígida, inmutable y dogmática, sino flexible, cambiante y adaptada a las condiciones específicas para que el *ingenio* creador pueda sacar en cada caso el mayor provecho de las realidades (físicas, económicas y sociales) que le son dadas. En esto (en la flexibilidad de los procedimientos políticos, no en los principios morales) los españoles, excesivamente inclinados a confundir la política con la teología, (olvidemos por ahora la picaresca), tenemos no poco que aprender del pragmatismo anglosajón, de esos ingleses por quienes don Antonio Machado mostraba un respeto que yo he tardado mucho en comprender.

*

En opinión hace tiempo formada en el seno de LAS ESPAÑAS — con la enconada enemiga de los furibundos de unos y otros antis que dan calor a la “guerra fría” —, el mundo necesita una síntesis de las concepciones y logros de ambos bandos antagónicos. (Ya está aquí el “paste!” de los eclécticos, dirán al punto tales furibundos). Cosa nada ecléctica, si por eclecticismo se entienden las medias tintas, el quedarse a mitad de camino entre lo uno y lo otro, la verdad a medias, no pocas veces peor que la mentira; sino fusión o combinación fecunda de lo que en unos y otros pueda haber de válido, que vitalmente conjugado tendrá validez mayor que la de una simple suma; y rechazo de cuanto en

cada lado haya de negativo. Síntesis que si antes convenía al progreso, las armas de aniquilación en masa imponen ahora ineludiblemente por razones de mera supervivencia. Proceso de síntesis, repito, cuya primera etapa es la pacífica convivencia, que no paz infame impuesta por el terror.

Los llamados estados capitalistas de occidente, con los Estados Unidos a la cabeza, no son hoy tan burgueses como nos los presenta el Cremlín, y menos aun Pequín; ni tanto como lo eran hace cincuenta años. Las intervenciones del estado democrático en la economía nacional, desde los impuestos que en algunos casos rebasan el 80% de los beneficios del capitalista hasta la legislación sobre el trabajo, son tan grandes que muchas de las antiguas reivindicaciones de los socialistas están incorporadas en las leyes y en las concepciones políticas del hombre común, a pesar de que la palabra socialismo todavía es tabú para muchos. Todos estos progresos de la justicia económica en los países más avanzados del mundo occidental no se han realizado por fácil triunfo del buen sentido, ni menos por generosa cesión de privilegios. No pocos se deben a que, con la Revolución rusa, el capitalismo le ha visto las orejas al lobo y ha preferido retroceder inteligentemente a obstinarse en una cerril reacción a la larga catastrófica. Las tremendas privaciones despiadadamente impuestas al pueblo ruso por sus dictadores no sólo han dado frutos en su patria, sino también en las naciones occidentales. El martirio de los rusos nos ha servido a todos. Este pueblo, cuyo profundo espíritu cristiano veía con penetración Machado, ha hecho — o mejor dicho: le han obligado a hacer — de Cristo redentor de la humanidad entera.

El ruso por su parte, que nunca renunciará a las legítimas conquistas de la revolución de las que se siente orgulloso, como fruto de su esfuerzo, desea paz y libertad. El

intelectual, científico o literato, nieto de Tolstoy o Dostoievski o hijo de Pasternak, llámese Evtuschenco o Voznesenski, el artista mira a occidente ansioso de libertad. El ciudadano soviético, descendiente de los hombres que hicieron la revolución, sea intelectual o trabajador manual, joven o viejo, ex combatiente o no de la guerra mundial, conozca los campos de trabajos forzados estalinianos sólo por referencias o haya vivido, como el matemático y escritor Solyenitsin y tantísimos otros, su trágica realidad, ama la paz. No esa paz de ciertos congresos belicosos donde se condenan los estallidos de diez megatones, si son yanquis, y se aplauden los de cien, si son rusos, sino la *paz pacífica* — que a tan perogrullescas redundancias nos obliga la degradación del lenguaje por la propaganda de *masas* —, paz fraternal, que es la paz de Cristo y del socialismo.

De lo que sobre la paz acuerden Jruschiov y Kennedy en las negociaciones iniciadas en Moscova por sus representantes está hoy pendiente el mundo entero. Queremos creer que ambos, muy distanciados ideológicamente, se encaminan hacia esa conjugación de antagonismos que la historia impone. El primero tiene bien ganados méritos desde que, con transcendental decisión, reveló las infamias de Stalin y de manera airada sacó su momia del sagrado recinto que alberga a la de Lenin, hazaña aún no bien ponderada, y gran paso hacia la verdadera liberación del pueblo ruso; el segundo, mayor estadista que sus inmediatos antecesores en la presidencia de los Estados Unidos, parece contar con el apoyo de lo más valioso de su nación:

La verdad y la paz tratan de abrirse paso en el mundo, tanto entre "bloques" antagonicos como dentro de ellos.

Pero el crisol indicado para esa fusión de la libertad, la razón y la dignidad, apreciadas sobre todo por el hombre occidental, con la propiedad social de los medios de producción y la solidaridad en el trabajo de los soviéticos, que producirá un auténtico socialismo, está en Europa: por muchas razones históricas, entre otras la de haber concebido y predicado la idea originalmente. No se puede ignorar, porque tiene profunda significación, el hecho de que mientras muchos americanos son enemigos de la U.R.S.S. porque la identifican con el socialismo, millones de europeos se oponen a ella por considerar que la dictadura cremliniana es incompatible con la democracia socialista.

El socialismo, contra lo que algunos afirman, no está en quiebra, sino en continuo progreso. "Ya ve usted — dicen estos reaccionarios — cada día lucha menos gente por las reivindicaciones socialistas. Los mismos jóvenes rusos quieren modificar su sistema por uno más *liberal*". A lo que debemos responder que si muchas de las viejas reivindicaciones socialistas han dejado de reclamarse es porque en los países social y económicamente más adelantados ya están implantadas (¡Dios nos dé muchos de estos fracasos!); y lo que los jóvenes rusos quieren modificar, en busca de mayor libertad, no es lo que su gobierno tiene de socialista, sino lo que de tal precisamente no tiene. El capital en aquellos países, lejos de concentrarse en manos de pocos burgueses cada vez más ricos — como predijo Marx —, se les escapa de ellas, bien por los impuestos y otros medios de distribuir la riqueza, bien por la nacionalización de importantes sectores de la economía; y los trabajadores, en vez de sumirse

en creciente miseria, alcanzan más altos niveles de bienestar con menos trabajo.

En Iberoamérica, a pesar de la cerril oposición de las oligarquías reaccionarias, se abren paso fuertes corrientes renovadoras que pretenden cambios de las estructuras económicas, no pocas veces con tendencias socialistas (nacionalización de las minas, el petróleo y algunas industrias básicas, bancos estatales, formas no burguesas de tenencia de la tierra por los campesinos, etc.). Y en los países más atrasados, recién nacidos a la independencia, sus nuevos gobiernos tratan de encauzar la economía por vías más o menos socialistas. Para algunos de ellos la independencia nacional — según declaraciones de sus propios líderes — no ha sido más que el primer paso hacia el socialismo.

Hasta la Iglesia defiende hoy como cristianas muchas de las reclamaciones tradicionales de los socialistas; para lo cual no ha tenido que apartarse de los Evangelios, sino atenerse con mayor fidelidad al espíritu de éstos.

El nuevo fantasma del hambre que se columbra en el futuro de la humanidad no parece estar escondido en las estructuras económicas y sociales sino en el crecimiento demográfico; y habrá que ahuyentarlo más que en los sindicatos y en los ministerios de la economía en los de instrucción pública y sanidad.

Vistas así las cosas, la unión europea está llamada a ser un factor de primer orden en el proceso de una síntesis socialista.

Comenzada, sobre el buen cimiento de la reconciliación francoalemana, con reducidos límites, la Europa unida debe extenderlos gradualmente hasta incluir a todas las naciones de su ámbito geográfico, en el mejor de los casos desde Irlanda hasta Rusia. Y desde luego una Europa sin España sería una Europa gravemente mutilada, algo así como una

España sin Cataluña o Andalucía (harto rota está ya Iberia por la frontera portuguesa). No podemos concebir una federación de las naciones europeas que excluya para siempre a nuestra patria.

Tampoco es posible contemplar a Europa conformada definitivamente por de Gaulle y Adenauer, y con los únicos rumbos políticos que el patriota francés le señale. La Europa que algún día gobiernen los socialistas no será ciertamente igual a la de sus actuales dirigentes. Y la creación de una unión europea democrática aumentará indudablemente las posibilidades del socialismo europeo sobre las de otra dividida y con importantes fragmentos reaccionarios. Ayudemos, pues, a formar una Europa democrática unida; y procuremos realizar en ella los ideales socialistas. Tal es hoy el primer deber internacional del socialismo europeo, "piedra fundamental en el edificio del socialismo mundial".

Además — y para muchos esto es lo más importante — la Europa unida a que desde el primer momento se aspira no es solamente un mercado común. Este ha sido el comienzo más eficaz y hacedero que se ha encontrado para llegar a algo de mucho mayor transcendencia económica y moral. El propósito de sus fundadores ha sido sentar las bases de una gran Europa que, sin perder su puesto de vanguardia en la técnica, responda en lo posible a sus ideales humanistas, y pueda irradiarlos de manera pacífica a los otros continentes. (En esto los socialistas hemos sido y somos los primeros europeístas). El porvenir político, económico y cultural que, dentro de ella y en el ámbito mundial, se ofrece a una Europa unida en paz no puede ser idealmente más esplendoroso. Lo que en realidad se logre, es cuestión de los propios europeos... si las máquinas infernales, por su genio inventadas, no dicen antes la última palabra en Washington o Moscova.

*

Si en principio todos los socialistas debemos apoyar la unión de los pueblos de Europa en un gran estado democrático, que para respetar la personalidad de cada uno de sus integrantes ha de ser federal, el ingreso de España en ella ofrece claras ventajas para nosotros — es decir para los intereses de la gran mayoría del pueblo español — que debemos tener en cuenta.

En primer lugar, la España franquista no puede ser admitida en una unión europea democrática — sola unión europea que nos interesa —. Toda labor encaminada al ingreso de España en dicha unión implica, pues, una acción internacional en contra de la dictadura franquista.

Por otra parte, y sin necesidad de entrar en los aspectos técnicos de la cuestión, puede afirmarse que el mercado común europeo se creó con el propósito de favorecer a todos sus miembros, de acuerdo con el criterio — para un socialista particularmente grato — de que la asociación en comunidad de esfuerzos y propósitos es beneficiosa para todos los comuneros; y que, en mayor o menor proporción para cada uno, así ha ocurrido realmente en este caso. Y no será imposible encontrar fórmulas y arreglos técnicos adecuados que también permitan el ingreso de España en condiciones generalmente satisfactorias.

Una de las armas preferidas por la reacción española para mantener al pueblo bajo su dominio ha sido el aislamiento cultural. El español común fue aislado del progreso europeo en siglos pasados y lo ha sido durante años por Franco.

Hoy ese aislamiento lo han roto los miles de obreros españoles que salen temporalmente a trabajar en varios países de Europa escasos de mano de obra y los turistas extranjeros que entran en España, movimientos fomentados por el gobierno porque son importante fuente de divisas.

Nada más profundamente revolucionario para España que esa corriente de hombres y mujeres de las clases trabajadoras que entran en contacto con Europa, con sus altos salarios y seguros sociales, sus sindicatos, su instrucción pública, su prensa, sus libertades políticas y derechos democráticos, su ejército al servicio del poder civil, su tolerancia religiosa... ¿Se dan cuenta los que a la ligera hablan de la Europa conservadora y burguesa cuya compañía no interesa a España lo que para el futuro de nuestra patria suponen esos miles y miles de trabajadores desperdigados por las ciudades y campos de nuestra península después de una larga estancia en esa Europa? ¿Qué propaganda clandestina sobre la necesidad de hondas transformaciones o de una revolución en España puede compararse con este contacto real del español con las naciones democráticas más adelantadas? ¿Cómo pueden negar esos aislacionistas, africanistas — de qué África, pregunta con razón Fernández Santos — orientalistas, o lo que sean, las ventajas que para España tendría una asociación con las naciones de Europa occidental — y mejor de toda Europa, si fuera posible — que permitiera a nuestro pueblo, al mismo tiempo que el ingreso en un mercado común, la libre relación política y cultural con ellas?

*

Claro está que la incorporación de España a la unión europea no nos resolvería por sí sola todos los problemas; ni Europa nos va a ofrecer la mesa puesta para que los españoles nos dignemos honrarla sentándonos a ella.

Grande es la ayuda que una España liberada podría encontrar en las restantes naciones de la Europa occidental (moralmente en deuda con ella), como éstas la encontraron después de la guerra en los Estados Unidos. Ayuda que mucho podría contribuir a un auge económico y cultural de nuestra patria si los españoles fuésemos capaces de concertarnos para realizar el esfuerzo necesario.

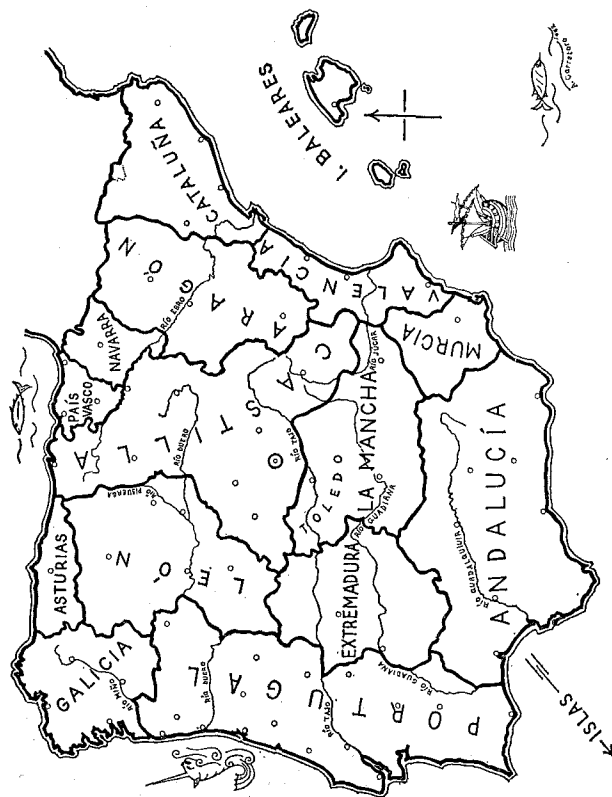
Por otra parte no todo es economía en la tragedia española. Con esa tendencia en el español a bascular hacia los extremos, los jóvenes de las nuevas generaciones (que mirando varios lustros atrás perciben el exceso de oratoria de los gobernantes republicanos de 1931, más dados a pronunciar grandilocuentes discursos sobre las glorias nacionales, los teólogos españoles y los ideólogos de la Revolución francesa que a atacar sobriamente y con eficacia los urgentes problemas económicos y sociales del día) parecen convencidos de que todos nuestros males se pueden curar con fórmulas técnicas a base de hectáreas, kilovatios/hora, mm/año de precipitación pluvial, índices demográficos, ingreso per cápita y otras cantidades de sustancial significación económica. Sin desconocer la importancia de tales fórmulas (sería negar mi propio oficio y única base de sustento, muy ligado a la regla de cálculo y totalmente ajeno a la tribuna del orador) y alérgico a la retórica parlamentaria, me parece gravísimo error confiar excesivamente en ellas. Nadie ignora que el uso de la técnica es hoy fundamental en toda labor de gobierno — y de gobernar bien, llegado el día, se trata —, que los asesores técnicos son indispensables al político; pero el oficio de éste y su papel rector son insustituibles.

Hay problemas políticos, de los que depende la vida misma de España, cuya solución no encontraremos en ninguna fórmula técnica porque únicamente podrá hallarse en el espíritu y la razón de los españoles. Tales, entre otros, el de lograr la convivencia ciudadana y la tolerancia religiosa con ella íntimamente relacionada, y el de dar al estado una estructura adecuada a la naturaleza de la nación española.

Del primero de ellos viene ocupándose persistentemente LAS ESPAÑAS desde que por primera vez lo planteó ante la indignación de muchos y la aprobación de los menos. Su solución está tan lejos de los aferrados al rencor y los obstinados en su única y absoluta razón cuanto de los del "borrón y cuenta nueva" y el "aquí no ha pasado nada".

Lo uno, porque, sin ignorar que también hemos sido víctimas de fuerzas extranjeras, sin olvidar crímenes y felonías, ¿quién, en nuestra catástrofe, puede sentirse libre de culpa, siquiera sea por error u omisión?, puesto que como ciudadanos no podemos inhibirnos ante los males de la patria. Quienes por una causa y quienes por otra, unos más y otros menos, todos somos culpables; incluso los que pusieron tierra o mar por medio, entre su persona y el solar en llamas, que aquí la huída tampoco y menos vale. Ya lo dijo hace tiempo la Revista: los males que afligen a España son la consecuencia de una larga cadena de errores colectivos y nadie tiene el derecho de sacudirse la parte, grande o pequeña, que en ellos le corresponda para descargar toda la culpa sobre las espaldas del adversario.

Lo otro, porque tan desorbitada ha sido nuestra trayectoria nacional, tanto y tan grave lo acontecido, tan horrenda la tragedia que, siquiera por respeto a las víctimas más generosas de ella, porque su sacrificio no haya sido estéril, lo menos que podemos hacer es aprender las tremendas lecciones que la historia nos ha dado.



La segunda cuestión fundamental a que me refiero en este punto era ya (por curiosidad heredada) objeto de mi atención cuando, en 1948, preparé para los "Suplementos de LAS ESPAÑAS" la primera edición de "Las nacionalidades españolas", y desde entonces no he cesado de ocuparme de ella, la mayoría de las veces en trabajos editados por la Revista. A ellos remito al lector particularmente interesado (11), limitándome aquí a enunciar sus conclusiones más importantes:

España, o Iberia, no es una nación homogénea, sino una comunidad o familia de pueblos con caracteres comunes pero con personalidad propia cada uno de ellos, a ninguno de los cuales corresponde el calificativo de español con mayor razón que a cualquiera de los restantes.

Todo fuero constitucional democrático auténticamente español tendrá que basarse en el reconocimiento de esta realidad nacional.

La fórmula política que dentro de un estado armoniza la unión con la variedad es el federalismo.

Si hay alguna nación en el mundo llamada por su geografía, su tradición, su cultura y el carácter de sus hombres a constituir un estado de estructura federal firmemente trabada, ninguna más que España.

En principio y como base para la descentralización administrativa y la constitución federal se considerarán las regiones o pueblos tradicionales: Galicia, Asturias, León, Extremadura, Andalucía, Castilla, La Mancha — Toledo (viejo reino de Toledo o Castilla la Nueva), País vascongado o Euzcadi, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia, Islas Baleares e Islas Canarias. (Si algunos de éstos quisieran unirse para

formar una sola entidad, a sus ciudadanos, y solamente a ellos, correspondería decidir).

La constitución federal deberá tener sus puertas fraternalmente abiertas a Portugal, sin cuya integración en la familia hispánica el nuevo estado no podría llamarse con plenitud España (o Iberia). El federalismo es también la fórmula política *teóricamente* aceptada por los socialistas para la integración nacional de los pueblos de España; aunque en 1931 el Partido socialista español cometió el grave error de no tomar una actitud clara y firme en este punto. En lugar de defender decididamente los derechos autónómicos de todos los pueblos hispánicos y la igualdad política entre ellos dentro de una estructura federal de la república (por menospreciar la importancia del asunto y considerar que lo único interesante para el socialismo era la lucha de clases), los socialistas españoles fueron entonces a remolque de los republicanos con aquella híbrida solución de los "estatutos" regionales. Esta falta de visión del problema fue la causa del fracaso del Partido socialista español en Cataluña, a pesar de ser ésta la región más industrial de España, donde la cuestión nacional determinó el crecimiento del P.S.U.C., apoyado por Moscova, cuyas filas engrosaron miles de catalanes que creyeron encontrar en él el partido socialista que Cataluña necesitaba, muchos de los cuales lo abandonaron después, al darse cuenta de que más que un partido catalán defensor del socialismo y vínculo de unión con los demás socialistas españoles, era mero instrumento de la política del Cremlin. La falta de un vigoroso pensamiento federal en el socialismo español determinó también que muchos vasos de pensamiento socialista no hayan sido atraídos por él y se hayan incorporado a otros partidos, menos socialistas, que han tenido en cuenta sus sentimientos nacionales.

Un gran partido que realmente quiera unir a todos los socialistas españoles ha de estructurarse como federación de partidos socialistas de los diversos pueblos de España (o de Iberia, que tanto vale uno como otro nombre), autónomo cada uno de ellos en su vida interna y disciplinados todos a los órganos federales en los asuntos de transcendencia española o internacional. Unión socialista ibérica en la que desde al primer momento deben tener un puesto señalado los hermanos de Portugal (12).

El mismo criterio deben aplicar los socialistas en la concepción de una gran Europa como federación democrática de todas las naciones europeas, muchas de ellas (Alemania, España, Suiza, Yugoslavia...) integradas a su vez en forma federativa.

*

Nuestro futuro europeo no consiste en recibir pasiva y unilateralmente. También, y no poco, España puede aportar a Europa.

El derecho de gentes, la paz y la concordia entre las naciones son asuntos que siempre interesaron a los mejores espíritus de España. Ya en el siglo XVI insignes humanistas españoles (el valenciano Juan Luis Vives, el vasco Francisco de Vitoria, el andaluz Francisco Suárez...) descollaron en la cristiandad por sus doctrinas fundadas en tales principios. Y en los últimos años, antes de que la idea de la unión europea comenzara a cristalizar en realidades, entre los escritores que de manera distinguida han contribuido con su pensamiento o su diligencia a la concepción intelectual de

Europa o preconizado su unión política figuran dos compatriotas de internacional renombre: el madrileño Ortega y el gallego Madariaga, que sigue actuando en los círculos euro-peístas.

Hoy, además de enriquecer el conjunto de su economía y su cultura con la contribución de un pueblo de tanta vitalidad, capacidad intelectual y genio artístico como el español, Europa recibiría de España un gran refuerzo de energía espiritual. Se ha escrito muchas veces que el pueblo español guarda parte importante del tesoro moral de la humanidad, y creo que es cierto. En mi parecer, la famosa exclamación "¡qué cultos son estos analfabetos españoles!" elogia en el fondo, más que la sabiduría popular, la integridad moral del español. Energía espiritual y fibra moral de que otras naciones más cultas, ricas e industrializadas no andan, en apariencia, muy sobradas.

Por último, Iberia tendrá especialmente reservada en la unión europea una honrosa e importante misión. Así como Francia, debido a una inteligente política colonizadora cuyos mejores frutos se han puesto de manifiesto con la independencia de los países coloniales, es el gran lazo de unión, cultural y económica, entre Europa y las nuevas naciones del África negra de lengua francesa, y las del Mogreb; e Inglaterra, con América del Norte y muchos países de otros continentes; la historia ha designado a los pueblos de la Península ibérica como puente europeo con las naciones iberoamericanas. Grandioso conjunto de pueblos de lengua hispánica (castellana y portuguesa) cuya unión económica y política (otra de las grandes federaciones en que ha de constituirse el mundo) los españoles debemos estimular con cariño y ayudar con desinterés.

- (1) Si no sabes adaptarte a las necesidades de la lucha social, si no estás dispuesto a arrastrarte sobre el fango, entonces no eres un verdadero revolucionario. La política no ha de confundirse con la moral; para la política sólo cuenta el fin perseguido. (Palabras de Lenin en 1920).
- (2) "Se nos impuso firmemente el principio de que el fin justifica los medios... Pero la gente no reflexionaba que el mismo fin podría dejar de ser grande si uno se empeña en alcanzarlo con gran energía solamente y sin prestar mucha atención a los medios... Comprendimos que los medios deberían ser dignos del fin. Esto es un axioma, pero un axioma que se ha comprobado a través de excesivos sufrimientos... Soy un comunista en mis convicciones... Pero hemos desechado decisiva y definitivamente medios que son indignos de nuestros fines. Y nos esforzamos para alcanzar nuestros grandes designios a través de medios que sean dignos de la grandeza de ellos". (Declaraciones de Evtuschenco en 1962).
- (3) Un "intelectual demócrata" español ha tenido la presencia de ánimo —llamémosla así— de dar en Méjico una conferencia pública para explicar las virtudes democráticas de este famoso muro, que se resumen en la defensa de la libertad del pueblo alemán frente al imperialismo yanqui. En ella abogó también por la unión nacional de todos los españoles antifranquistas.
- (4) Citas de Costa ("Colectivismo agrario en España").
- (5) No tenemos a la mano los textos originales de Flórez Estrada. Sus palabras aquí citadas están tomadas del interesante libro de Alberto Gil Novales "Las Pequeñas Atlántidas".
- (6) Recordamos al llegar a este punto conocidas palabras de Marx y Engels, no para apoyar nuestra opinión en la de autores infalibles, sino porque coincidimos plenamente con lo que dicen: "Existen en verdad comunistas que toman los principios a su comodidad y niegan y

quieren suprimir la libertad personal, cosa que, según ellos, obstruye el camino de la armonía; pero nosotros no queremos adquirir la igualdad al precio de la libertad".

- (7) Se ha dicho que su vista de águila alcanzaba lejos en el futuro, pero lo cierto es que no previó el despotismo y la arbitrariedad en que a raíz de su muerte degenerarían la concepción leninista de la dictadura del proletariado, el partido comunista y el "centralismo democrático". En cuanto a su predicción sobre el derrumbe de las metrópolis imperialistas con la independencia de las colonias, nunca ha contemplado la historia mayor prosperidad económica en la Europa occidental que desbucó de la liquidación de los imperios coloniales. Y no vale argüir aquí con eso del "neocolonialismo": nadie puede poner en duda que la India o Ghana, Guinea o Argelia gozan de mayor independencia con relación a Londres y París que Hungría, Bulgaria y Alemania oriental respecto a Moscova. Y agravando estas fallas salen a la luz las contradicciones, inconcebibles dentro de la doctrina leninista, que enfrentan hoy a los dos gigantes estados hijos de ella: China y Rusia.
- (8) "La filosofía de Marx —dice Fromm— es una filosofía de protesta; es una protesta imbuída de fe en el hombre, en su capacidad para liberarse y realizar sus potencialidades".
- (9) He aquí algunos párrafos de aquella histórica proclama que tuvo gran difusión en los primeros años de la Revolución rusa y que después se trató de relegar al olvido:

"El gobierno obrero y campesino considera como paz equitativa o democrática una paz sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios extranjeros, sin la incorporación de pueblos extranjeros por la fuerza) ni indemnizaciones...

"Por anexión o conquista de territorios extranjeros el gobierno entiende —conforme a la concepción del derecho de la democracia en general y de las clases trabajadoras en particular— toda incorporación a un

estado grande o poderoso de una nacionalidad pequeña o débil, sin el consentimiento o deseo formales, clara y libremente expresados por esta última . . .

"Si una nación cualquiera es mantenida por la fuerza dentro de los límites de un estado . . . si no se le concede el derecho a decidir mediante votación libre, después de la retirada de las tropas de la nación conquistadora, la cuestión de las formas políticas de su existencia, la incorporación de esta nación al estado constituye una anexión, es decir, una conquista y un acto de violencia".

Compare el lector estas condiciones leninistas de paz con las que la U.R.S.S. impuso a las naciones por ella conquistadas a la terminación de la guerra mundial, o en sus preludios, cuando Hitler y Stalin se engulleron Polonia y los países bálticos en banquete de compadres.

- (10) Como en su día se combatió al Plan Marshall que sirvió de base para la reconstrucción de Europa.
- (11) "Las nacionalidades españolas", por Luis Carretero y Nieva. Edición ampliada y anotada por Anselmo Carretero y Jiménez. (Colección Aquelarre. Méjico 1952) "La integración nacional de las Españas" (Ediciones de LAS ESPAÑAS. Méjico 1957). "Cataluña, Castilla, España", por Pedro Bosch Gimpera y "La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos" (Ediciones de LAS ESPAÑAS, Méjico, 1960). "Las nacionalidades ibéricas" (Ediciones de LAS ESPAÑAS. Méjico 1962).
- (12) "El socialismo español y la cuestión de las nacionalidades" (El Socialista. Méjico 1953).

LAS ESPAÑAS

Apartado Postal 20921

México (1), D. F.